

Número 25 / marzo 1996 / 800 pesetas

VIENTO

POR UNA IZQUIERDA ALTERNATIVA

SUR



● **Globalización:
Capitalismo de
Alta Velocidad.**

Frances Fox Piven,
Nicholas Hildyard,
Michel Husson ● **VI**

**Congreso de
CC OO.**

Luis Enrique
Alonso, J. Albarracín,
P. Montes, A. Moreno,
N. Casal, V. Duque,
J. R. Garai, I. Uribarri,
J. Uzkudun, I. F. Toxo,

R. Górriz, J. March, A. Morán, J. Nieto ● **Diez años**

en la OTAN. Enric Prat, Ramón Adell, Consuelo del
Val ● **México. La esperanza se organiza.**

Sergio Rodríguez ● **Gran Bretaña. Ruptura
en el Partido Laborista.** F. Vercammen

3 Globalización: Capitalismo de Alta Velocidad

Las tres dimensiones del neo-imperialismo

Michel Husson

Este breve artículo se propone mostrar que las tres dimensiones de la organización actual de la economía mundial -reproducción, mundialización y fraccionamiento- son indisociables y constituyen un todo orgánico que podemos bautizar como neo-imperialismo.

Reproducción del capital

Una masa creciente de rentas parece dar rendimientos con independencia de la intervención de cualquier factor de producción directo, sea el capital productivo, el trabajo o la tierra. Existiría pues una forma de capital financiero especulativo que proporciona rentas considerables, frente a la actividad productiva legítima: ésta es la imagen dominante, que lleva a distinguir la esfera productiva y la esfera financiera, a denunciar al rey-dinero, o incluso a proponer criterios más sanos para la gestión del capital.

Este discurso conduce a una teoría de la crisis en la cual el hinchamiento de la esfera financiera y la subida de las tasas de interés serían, si no la causa última, sí el obstáculo principal para una verdadera salida de la crisis.

Pero este punto de vista se queda en la superficie de las cosas, y cuando se trata de análisis que se reclaman del marxismo, constituye además un olvido puro y simple de toda teoría del valor. El interés no es más que una de las formas de la plusvalía y los títulos financieros representan, bajo forma jurídicas muy diversas, un derecho de giro sobre el excedente social. La idea subyacente según la cual existirían usos alternativos para los flujos de capitales (sea la inversión productiva, sea la especulación financiera) no puede mantenerse mucho tiempo, si se razona solamente en términos de circuito. En efecto, habría que imaginar una fuga en el ciclo del capital que desviaría de la inversión productiva sumas crecientes de dinero que, en lugar de invertirse, representarían un medio de captar cada vez más dinero de sus usos legítimos.

La realidad debe ser analizada a partir del reparto del producto en tres grandes categorías de rentas: salarios, rentas financieras y beneficio de la empresa. El reparto primario entre salarios y plusvalía obedece actualmente a una ley tendencial bastante simple, según la cual el salario real no progresa, de modo que lo esencial de las ganancias de productividad son apropiadas bajo la forma de plusvalía relativa. Las tasas de interés real extremadamente elevadas corresponden a derechos de giro sobre esta plusvalía que tienden a captar una parte creciente de la renta nacional y, por tanto, en el margen, una proporción importante de las ganancias de productividad. El beneficio de la empresa no se restablece pues en las mismas proporciones que el bloqueo de los salarios habría permitido hacerlo si la parte de las rentas financieras no se hubiera interpuesto.

Para asegurar la realización de la producción en este esquema, es necesario que una parte de la plusvalía sea redistribuida hacia las capas sociales cuyo consumo va a suministrar las salidas necesarias para el crecimiento de la producción. La variable de ajuste es entonces la tasa media de renta financiera, cuyo papel es asegurar la adecuación entre el consumo procedente de este tipo de rentas y la oferta de mercancías; la subida de las tasas de interés es funcional. Este enfoque permite ligar el proceso de financiarización a una base material y evitar razonar como si la economía se hubiera hecho, en cierto sentido, virtual, desconectada de toda noción de valor. También permite comprender cómo el capitalismo ha podido realizar una política de austeridad salarial sin caer por ello en una crisis crónica de salidas.

A fin de cuentas, no hay más que dos asignaciones posibles de la plusvalía: bien la acumulación de capital, bien el consumo, es decir, una demanda dirigida efectivamente a una u otra de las dos grandes secciones de la economía; no existe un tercer uso estable que sería *la especulación*. Esto lleva aparejado un mayor complejidad del ciclo del capital, pero no cambia en nada su desarrollo general. Por consiguiente, hay que pensar en un modo de funcionamiento poco armonioso, pero pese a ello de larga duración.

El ajuste que debe realizar la tasa de interés admite una doble dimensión. La primera es geográfica: en principio, la subida de la tasa de interés se explica por la necesidad de equilibrar el mercado mundial de capitales asegurando la llegada de los excedentes japoneses o alemanes hacia los EE UU. Por consiguiente, se trata de una transferencia desde zonas con una fuerte propensión al ahorro hacia una zona con una fuerte propensión al consumo, sea consumo privado o público (militar, por ejemplo). Que haya sido necesario aumentar hasta tal punto las tasas de interés para garantizar la continuidad de esta transferencia muestra que no se trata solamente de un reglaje económico: ha sido necesario incluir una especie de prima de desconfianza hacia un imperialismo aún dominante, pero cuya supremacía se pone progresivamente en cuestión.

La segunda dimensión es social. Ciertamente, no se puede hablar de una clase de rentistas que se habría constituido en torno al ascenso de las rentas financieras, aunque la concentración de patrimonios, sin común medida con la de rentas, hace que los rentistas constituyan esencialmente una fracción de la burguesía en el sentido habitual del término. Sin embargo, existe un cierto efecto de difusión hacia las capas mejor retribuidas de los asalariados, e incluso más ampliamente en la sociedad, a través de la deuda pública o de los fondos de pensiones. Pero fundamentalmente, la subida de las tasas de interés deforma el reparto de las rentas en beneficio de los detentadores de títulos financieros.

Mundialización del capital

Retomando una fórmula de Marx: "La base del modo de producción capitalista está constituida por el propio mercado mundial". Por consiguiente, la sola constatación de un crecimiento del comercio internacional dos veces más rápido que el de la producción no puede ser suficiente para caracterizar una nueva fase del capitalismo. Lo es verdaderamente nuevo es la formación de un mercado

mundial realmente unificado que substituye a la simple yuxtaposición de los mercados nacionales y que tiende a constituir el horizonte estratégico natural de las grandes firmas; obviamente, el hundimiento de las sociedades burocráticas en el Este no hace más que amplificar el movimiento.

Sin embargo, se cometería un error fundamental presentando el movimiento de mundialización como la búsqueda de salidas para que pueda fluir una producción excedentaria, o como la instauración de una división internacional del trabajo basada en la *deslocalización* de los segmentos productivos con alto contenido en mano de obra.

Por el contrario, la característica esencial del proceso de mundialización actual es el predominio de los movimientos de inversión directa y su concentración en los países del Norte. Se trata de una "mundialización del capital" -por retomar el título del libro de François Chesnais (*La mondialisation du capital*, París, Syros, 1994)- y no solamente de los intercambios. La mundialización es el producto de las estrategias privadas de los grandes grupos y, más en general, ese proceso es la forma que toma la reestructuración del capital frente a la crisis, y por eso no puede ser separado del giro general hacia el neoliberalismo, ni de las mutaciones tecnológicas y organizativas que lo acompañan. Las transformaciones de los métodos de producción hacen posible la instauración de una división internacional del trabajo estructurada flexiblemente en redes, en lugar de la estricta segmentación que se hubiera podido prever a comienzos de los años 80. El carácter cada vez más inmaterial de la producción, el desarrollo de los medios de comunicación, la transferencia de conocimientos y de gestión en tiempo real de los flujos financieros, del trabajo a distancia, la standarización de los mercados, etc, constituyen el basamento tecnológico de este proceso. En fin, la orientación neoliberal del último decenio es, en sentido inverso, adecuada a la mundialización: apertura comercial, privatizaciones, desreglamentación financiera... todo contribuye evidentemente a levantar los obstáculos a la circulación del capital dinero y los elementos institucionales de fraccionamiento de los mercados. Financiarización y mundialización se refuerzan mutuamente.

El creciente desfase que se abre entre el mapa de los Estados-naciones y el de los flujos de capitales no se acompaña de la emergencia de un Estado mundial cuya esfera de competencia crecería armoniosamente a medida que se extendiera la mundialización. Los puntos de aplicación de esta constatación son numerosos: por ejemplo, no existe actualmente ningún Estado o institución que esté en condiciones de asegurar plenamente una función de regulación de las monedas a escala mundial. Las enormes fluctuaciones del dólar, la brutal reevaluación del yen, el estallido del Sistema Monetario Europeo (SME) son otros tantos ejemplos.

Este desfase entre la densificación del mercado mundial y la construcción de instituciones supranacionales da lugar a dos tendencias, en parte contradictorias. El movimiento transversal de mundialización de los capitales se acompaña, en primer lugar, de una reestructuración vertical de la economía-mundo en torno a los tres polos de la Tríada (EE UU, UE, Japón). Vemos así reaparecer zonas de influencia que son también, sobre todo en Asia, zonas de división internacional del trabajo que tienden a una coherencia bastante grande, por estratificaciones sucesivas en torno a la economía dominante. Esta tendencia, no diluye el papel del

Estado, sino que lo refuerza en torno a la gestión de relaciones que podríamos calificar como neo-imperialistas.

La segunda tendencia es el papel creciente que juegan instituciones como el FMI, el Banco Mundial o la nueva Organización Mundial del Comercio. Otras estructuras están menos formalizadas, como las cumbres del G-7 o las reuniones excepcionales para afrontar situaciones de crisis. El modo en que fue gestionado el *crash* de octubre de 1987 y después, en otro registro, la Guerra del Golfo, muestra que si bien no puede hablarse de *ultra-imperialismo*, existe un mínimo de coordinación, aunque ésta no ocupe evidentemente la integralidad de las funciones tradicionales del Estado.

Fraccionamiento de la economía mundial

La teoría del imperialismo no puede limitarse al análisis de las relaciones de dependencia a escala internacional, pero es evidente que no se puede hablar de nueva fase del imperialismo sin examinar las implicaciones del modo de estructuración de la economía mundial sobre los países del Sur, a los cuales podemos añadir los del Este. El rasgo fundamental del imperialismo contemporáneo es realizar una homogeneización contradictoria de la economía mundial. En el momento mismo en que el capitalismo tiende a englobar al mundo entero y a generalizar el modelo neoliberal, adopta, en efecto, un modo de funcionamiento excluyente que le impide extenderse en profundidad.

Una homogeneización contradictoria. Hay que empezar señalando con claridad que hay un modelo, e incluso, un modelo impuesto. Inicialmente, los programas llamados de ajuste estructural fueron elaborados en caliente, ya que se trataba esencialmente de indicar a los países endeudados los medios de obtener las divisas necesarias para el pago de los intereses. El FMI y el BM han condicionado su ayuda y la renegociación de la deuda a la aceptación de planes definidos por expertos internacionales. No se trataba de simples consejos, sino de órdenes terminantes: el paso a una situación de tutela de numerosos países endeudados constituye una de las figuras relativamente nuevas de un neo-imperialismo que, en muchos aspectos, está simple y llanamente recolonizando el Tercer Mundo.

Poco a poco, el discurso sobre el ajuste estructural ha tratado de presentarse como un modelo de crecimiento adaptado a las nuevas condiciones de la economía mundial. Los neoliberales han invocado los éxitos logrados por Corea del Sur, sin preocuparse por enunciar contrasentidos, ya que la política industrial coreana se ha construido en torno a un Estado intervencionista y proteccionista. En realidad, la orientación económica liberal puede conseguir éxitos que parecen aún más destacables cuando se les compara con el *decenio perdido*. Pero hay que comprender que estos éxitos no son extensibles y son necesariamente éxitos parciales, localizados, frágiles y relativamente excepcionales: el modelo neoliberal no puede constituir un modelo de desarrollo.

El ajuste, un antidesarrollo. La razón principal de ello es que las salidas potenciales no son suficientes para tirar del conjunto de las economías del Sur y

del Este. En estas condiciones, la prioridad universal a las exportaciones tiene por efecto poner en competencia generalizada a los países del Tercer Mundo entre ellos. Contrariamente a la imagen demagógica de las deslocalizaciones masivas hacia el Sur, la relación de fuerzas que resulta de ello es perfectamente asimétrica y permite, gracias a la volatilidad de los capitales, mantener una presión constante a la baja sobre los salarios; éstos no pueden aumentar sin perder la ventaja comparativa respecto a su vecino. El objetivo de la competitividad entra pues duraderamente en contradicción con un crecimiento significativo, en extensión, del mercado interno. Así se reproducen relaciones de dominación que se refuerzan por el monopolio tecnológico de los grandes grupos multinacionales.

La apertura comercial tiende también a desestabilizar el crecimiento de los países del Sur por otra vía: para poder exportar, tienen que dar pruebas de buena voluntad librecambista, comenzando por abrir sus propias fronteras, conforme a los dogmas ahora codificados por la OMC. En un número muy grande de países, esta apertura conduce a un crecimiento de las importaciones superior al de las exportaciones, con una tendencia permanente al déficit comercial y a la pérdida de substancia de la moneda. Este mecanismo revela el mantenimiento, bajo formas renovadas, de relaciones de dependencia. La apertura incontrolada hace actuar a pleno rendimiento los fenómenos de desposesión que aparecen inevitablemente cuando se ponen en contacto directas zonas económicas con niveles de desarrollo cualitativamente diferentes. El ejemplo de los pequeños campesinos productores de maíz en México permite ilustrar este proceso. Su coste de producción es dos o tres veces superior al de sus *competidores* en los EE UU. Hasta ahora, el sector de la agricultura campesina mexicana estaba protegido de esta competencia gracias a los derechos de importación, a precios de garantía y a redes específicas de comercialización. Iba tirando, aunque difícilmente, faltos de una política de inversiones, en especial, en irrigación. Pero ahora con el ALENA, este sector recibe un choque que arruina a numerosos pequeños productores e incluso les lleva a su desaparición como productores.

Esto significa una dependencia alimentaria y un éxodo rural agravados. La concurrencia directa no puede llevar a una nivelación, a una convergencia y, menos aún, a un alcance. Por el contrario, implica el despojamiento, o dicho de otra manera, la exclusión de sectores no competitivos, no sólo en la agricultura, sino también sectores enteros de las industrias tradicionales desarrolladas con los modelos llamados de sustitución de importaciones.

El doble fraccionamiento. Frente a este panorama pesimista, se afirma a veces la posibilidad de que emerja un consumo a partir de las rentas de las clases medias que permitiría combinar un cierto crecimiento del mercado interior con las exigencias de la competitividad. Este punto permite introducir una idea completamente decisiva en cuanto a las configuraciones de clase internas de los países dominados.

El imperialismo no se ha reducido nunca a una relación entre naciones, y hablar de *naciones proletarias* sería particularmente absurdo hoy. Efectivamente, el fraccionamiento de la economía mundial no es solamente geográfico; es esencialmente social, ya que la línea de partición está trazada por la austeridad

salarial. El modelo de reproducción esbozado anteriormente para los países del Centro es generalizable al conjunto de la economía-mundo: una masa salarial tendencialmente bloqueada, una tasa de acumulación con fuertes fluctuaciones y diferenciada, pero que no muestra ninguna tendencia a la alza a medio plazo y por consiguiente, para cerrar el círculo, una parte creciente e las rentas recicladas hacia una tercera demanda en la que se encuentran mezcladas las clases dominantes y los rentistas del Norte y del Sur que mantienen relaciones ambivalentes, de rivalidad por la apropiación del excedente, y de connivencia en cuanto a su nivel global. Por consiguiente, encontramos en los países del Sur, de un modo más marcado aún que en el Norte, una polarización social monstruosamente incrementada que, una vez más, constituye la contrapartida de un modelo global cuya regla de juego consiste en que los salarios no se beneficien de las ganancias de productividad.

Que esta redistribución permita un dinamismo económico general en ciertos países y por períodos más o menos largos, es una posibilidad que existe y existirá. No debemos excluir la emergencia de zonas con fuerte crecimiento. Pero, por su naturaleza social, este crecimiento no se basa en un desarrollo, en la medida que tiene como cimientos una redistribución excluyente e implica un reparto regresivo de las rentas.

Podemos imaginar contraejemplos localizados, pero la única zona importante que aparece escapar realmente a esta lógica es China, que representa un modelo híbrido, de una eficacia económica bastante asombrosa, pero cuya perennidad no está asegurada: la velocidad de crecimiento permite que pueda soportarse la polarización social, pero ¿qué ocurrirá cuando vuelvan los ritmos menos desmelenados?

Esta cuestión de la aceptabilidad social se plantea en el mundo entero, máxime teniendo en cuenta que el frenesí exportador implica un uso extensivo de todos los recursos: agotamientos de los suelos por el hundimiento de la economía campesina, liquidación de los bosques y de los recursos mineros, concentración de la actividad en megalópolis polucionadas en las que es insoportable vivir, etc.

Por primera vez en su historia, el capitalismo no puede mostrar más que una legitimidad restringida, puesto que la condición de su eficacia es que la mayoría de la humanidad no se beneficie de ella. Sin duda, esta exigencia no se había expresado nunca con tanta fuerza y con tanta amplitud, ya que impone su marca incluso en los países globalmente más prósperos.

Nos cuidaremos mucho de concluir que el imperialismo contemporáneo representa la etapa verdaderamente última del capitalismo. Pero hay que constatar el estrechamiento de sus ambiciones: el pleno empleo y el desarrollo integral parecen estar hoy muy lejos de su alcance.

[Versión condensada por el propio autor de un artículo publicado con el mismo título en la revista Actuel Marx, nº 18, 1995].

Traducción: M. Morelli